

Universitat Rovira i Virgili

Investidura com a doctor honoris causa  
del Sr. Géza Alföldy

Sessió acadèmica extraordinària,  
29 d'abril de 2009





Investidura com a doctor honoris causa  
del senyor Géza Alföldy

Sessió acadèmica extraordinària,  
29 d'abril de 2009



Universitat Rovira i Virgili  
Tarragona

Discurs d'investidura: © 2009 by Géza Alföldy

Fotografia: Ramon Torrents

Impress per Indústries Gràfiques Gabriel Gibert, SA

Dipòsit Legal: T- 1137 - 2009

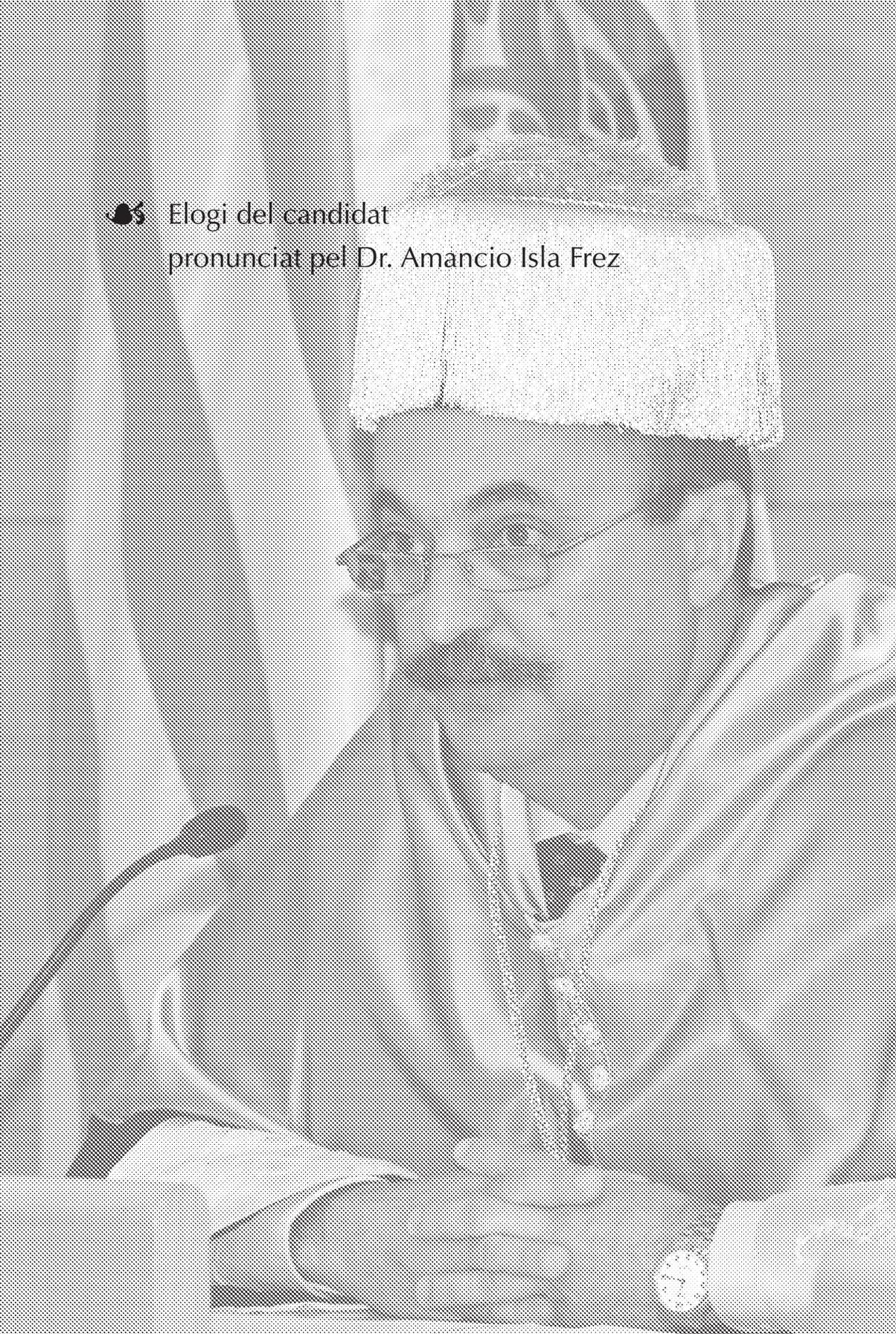
# Índex

Elogi del candidat	7
pronunciat pel DR. AMANCIO ISLA FREZ	
Discurs d'investidura	15
pronunciat pel DR. GÉZA ALFÖLDY	
Paraules de benvinguda	25
pronunciades pel DR. FRANCESC XAVIER GRAU VIDAL	
Rector Magfc. de la Universitat	





Elogi del candidat  
pronunciat pel Dr. Amancio Isla Frez





Rector Magnífic, distingits col·legues, senyores i senyors,

És un motiu de satisfacció personal participar en aquest acte universitari de reconeixement per part de la nostra Universitat a la trajectòria del professor Géza Alföldy. Creo que esta satisfacción es compartida no sólo por los profesores del Departamento de Historia e Historia del Arte y de la Facultad de Letras, sino también por otros docentes e investigadores de diversas universidades y del Instituto Catalán de Arqueología Clásica. No en vano, en esta sesión se honra la figura de quien ha desarrollado una larga carrera docente, que se inició en la Universidad de Budapest y, luego, entre 1970 y 1975, continuó en Bochum, para pasar después a la Universidad de Heidelberg, y de quien ha dedicado su carrera científica al estudio de la Antigüedad, concretamente a la historia de Roma. Que este homenaje se haga aquí, tras los muros de la *Colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco*, no sólo es adecuado por la imponente presencia del pasado romano, sino también por la larga vinculación personal y científica del profesor Alföldy a esta ciudad.

El interés por la historia de Roma puede nacer de sentimientos tan humanos como la admiración y la curiosidad. Son los que embargaban al erudito árabe al-Himyari, que recopilaba noticias de quienes habían visto los restos romanos de Tarragona y describía sus murallas de mármol y la elevación de sus edificios o columnas, tan altos —decía— que turbaban la mente, pues le costaba imaginar cómo se habían construido. Podemos estudiar la romanidad como parte del interés que suscita nuestra propia historia cultural, en el sentido de acudir a elementos que aproximan a muchas regiones de Europa. Se trata de elementos compartidos por una pluralidad que, en alguna medida, por esas remotas razones, se siente próxima o no ajena, en virtud de esas raíces que se hunden en el pasado y que solíamos recuperar en la enseñanza de las nuevas generaciones. Mas la historia de Roma también es para nosotros un ejemplo de realidad histórica en sí misma, que aparece y se disuelve, dejando unos testimonios suficientes y abriendo un campo de estudio magnífico para conocer procesos de toda índole.

En otro orden de cosas, la historia de Roma está profundamente vinculada a nuestra historia contemporánea. Algunos han llegado a creer que todo está ya en la historia de Roma, quizá porque los historiadores que viven el presente llevan sus preocupaciones y vivencias desde su actualidad al pasado romano. Así, no hay duda de que las reflexiones surgidas del hundimiento de la Rusia zarista alumbraron el genio de Rostovzeff al estudiar la historia socioeconómica del Imperio, o de que el ascenso del fascismo propició la visión de Ronald Syme sobre la llegada al poder de Octavio Augusto y la revolución romana. Quizás haber nacido en el extremo *limes* danubiano, cerca de Aquincum, reforzó el sentido de pertenencia del profesor Alföldy. Ahora, en un mundo que camina hacia la globalización, Roma también ofrece sugerentes ejemplos de lo que implican los contactos entre pueblos —a menudo pacíficos y otras veces no tanto—, las realidades institucionales compartidas, las economías conectadas, los problemas políticos, etc.

La tarea del historiador, sobre todo la del que se dedica a aquellos períodos en que no quedamos abrumados por multitud de documentos, pasa por recopilar cualquier tipo de fuente que permita avanzar en nuestra labor historiográfica o reforzarla. Este quehacer no es mero coleccionismo, pues exige un tratamiento minucioso de los elementos que conservamos de ese pasado y las noticias que nos suministran, para lo que se debe analizar cada brizna de información, incluidas las poco evidentes a primera vista. Por otro lado, la Historia exige una labor de síntesis, un esfuerzo explicativo general que nos lleve a trascender conocimientos fragmentarios; implica una voluntad de hacer comprensibles los fenómenos históricos, una dinámica intelectual que integre las informaciones disponibles con una aspiración, al menos, a la totalidad. Esta doble actividad, de una manera consciente, ha sido y es la propia del profesor Alföldy a lo largo de su dilatada trayectoria como especialista del mundo romano, una trayectoria que ha dado lugar a una gran cantidad de publicaciones (unas quinientas entre libros, artículos, reseñas, notas, etc.), resultado de su extraordinaria capacidad de trabajo. Sus investigaciones se han dirigido a muy diversos campos de la historia y la historiografía sobre Roma, obras de síntesis de gran difusión, libros y artículos eruditos e introducciones y avisos de notable profundidad.

El profesor Alföldy ha mantenido una continua preocupación por la historia social de Roma; fruto de ella es la redacción de uno de los libros de iniciación a la Historia romana más difundidos de las últimas décadas, su

*Historia social de Roma*, publicada en alemán en 1975 y traducida a ocho idiomas. Como él mismo señaló, se trataría de estudiar las estructuras sociales de una sociedad determinada: sus componentes sociales y cómo se articulan. No obstante, también ha mantenido cierta tendencia a destacar cómo evolucionan estas situaciones, es decir, cómo las condiciones sociales, en un momento dado, derivan de otras anteriores y, a su vez, se transforman en otras realidades.

Ha centrado su atención en diversos períodos de la historia romana, aunque confiesa cierta preferencia por el Alto Imperio. Sin embargo, también ha escrito sobre la crisis del siglo III; en este sentido, ha llamado la atención sobre algunos de los problemas que presenta ese concepto y ha destacado la importancia que deben tener en nuestra percepción del fenómeno las ideas que tenían los contemporáneos de la realidad en que vivían. Si la idea de pesimismo recorre la historia romana, desde las postrimerías del siglo II d.C. se instaura la sensación de vivir lejos ya de la edad dorada, de aquel *tempus illud aureum*, en una situación de degradación de la vida pública y privada.

El profesor Alföldy es epigrafista. En la actualidad es, sin duda, el gran experto en las inscripciones romanas, continuador, además, de una empresa que inició en su día Theodor Mommsen con la voluntad de reunir todos los epígrafes conocidos. De hecho, estamos en deuda con el profesor Alföldy por haber llamado la atención sobre esta particular fuente que, en sus manos, ha adquirido un protagonismo decisivo para nuestro conocimiento de Roma. Los epígrafes son testimonio de la vida social romana, palabras que han quedado inscritas en la piedra, en bronce o en otros materiales, y que se refieren a muy variados aspectos de la realidad romana: la vida política y administrativa, las relaciones entre las personas y los grupos, la religión, desde los dioses inmortales a la muerte, más común, de los humanos... Estas inscripciones presentan a menudo dificultades de interpretación; de hecho, en algún caso han generado alguna polémica erudita —eruditísima— sobre múltiples aspectos, desde la propia reconstrucción o lectura de un texto hasta estratos profundos de su interpretación. En otro tiempo, los epígrafes eran entendidos como meras noticias, de las que el experto debía extraer un dato. Hoy, en buena medida gracias al esfuerzo del profesor Alföldy, los consideramos expresiones de la cultura romana, una más dentro del amplísimo elenco que produjo aquella sociedad, de manera que puede articularse con otras mediante múltiples nexos que deben ser analizados.

Estas relaciones, en última instancia, deberán ayudarnos a entender mejor el objeto de nuestro análisis.

El número de epígrafes de época romana se ha multiplicado en los últimos años, por lo que su revisión y publicación se ha convertido en una tarea fundamental y también ingente, en la que el profesor Alföldy se ha implicado desde hace años, con la puesta al día del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, la gran recopilación de las inscripciones romanas. En el desarrollo de esta tarea ha prestado especial atención a las posibilidades que nos ofrecen las nuevas herramientas telemáticas, de modo que ese extenso conjunto de fuentes pueda ser accesible a través de la red. Con este propósito fundó en 1986 los Archivos Electrónicos de la Epigrafía Griega y Latina (EAGLE, por sus siglas en inglés), que llevan más de diez años difundiendo este material entre los especialistas. En la actualidad, este corpus cuenta con más de 50.000 entradas, en las que, además de inscripciones, se incluyen otros ítems, especialmente imágenes. Este aumento de las fuentes ha venido a reforzar cierto optimismo en cuanto a las posibilidades de la investigación que el profesor Alföldy ha venido transmitiendo a sus colegas, discípulos y lectores.

Con esta dedicación hemos de relacionar un trabajo desarrollado a lo largo de los años que se ha dirigido a distintos ámbitos geográficos y temáticos del mundo romano. Así, ha apuntado al corazón del Imperio, a la propia Roma, donde, entre otras cosas, ha estudiado las inscripciones del entorno de los emperadores; ha atendido a la historia de territorios periféricos como el Nórico o la Panonia; ha analizado los pedestales de estatuas en diversas regiones del Imperio, etc. Sin embargo, nosotros, hoy y aquí, queremos destacar su estudio sobre las inscripciones hispanas (con su colección *Epigraphica hispanica*) y, muy especialmente, sobre las tarraconenses (con la referencial *Inscripciones romanas de Tarraco*, publicada en 1975). Gracias a estos epígrafes, ha podido abordar el estudio de diversas cuestiones sociales, desde la aristocracia al ejército, y también la estructura administrativa de Roma. Si en la ciudad de Roma pueden hallarse las inscripciones en que afloran las grandes familias senatoriales, en las de Tarraco se hacen presentes las familias de la aristocracia local, algunas de largo recorrido; y en esos elementos, por supuesto, queda reflejada la vida administrativa de la Tarragona romana.

La vinculación del profesor Alföldy a la Tarragona romana es antigua y se ha prolongado a lo largo de su dilatada trayectoria investigadora. Ha

recogido y analizado las inscripciones, y ha estudiado las gentes que habitaron la ciudad. Ha subrayado la importancia decisiva de Tarraco en el conjunto de Hispania, como punto de partida de la romanización, pero también como capital y como modelo de otras ciudades romanas en Occidente. Esta ejemplaridad se puede testimoniar en el terreno de la arqueología y de las fuentes escritas, como cuando los ciudadanos (dice Tácito en los *Annales*) solicitaron a Tiberio autorización para levantar un templo a Augusto un año después de su muerte y, así, generaron un modelo que seguirían otras ciudades. Aquella Tarraco era una ciudad dinámica en lo económico, pero también activa y, además, ágil en lo social, en la que se podían encontrar gentes venidas de la provincia y también de otros territorios hispanos, gálicos o más lejanos. Aquella ciudad, a diferencia de otras capitales hispanas, resultaba más abierta para las aristocracias procedentes del conjunto de la provincia.

El magisterio del profesor Alföldy se ha transmitido por medio de su obra, pero también mediante el contacto directo con un numeroso grupo de profesionales que vienen desarrollando estudios sobre la Antigüedad, con algunos de los cuales mantiene estrechos vínculos y comparte trabajos. Su preocupación se ha extendido también hacia el futuro de estos estudios e investigaciones. Asimismo, ha llamado la atención sobre la obligación de quienes pueblan —poblamos— ahora esta Tarragona, llena de restos, de mantener esos testimonios del pasado, de protegerlos y de estudiarlos para que cobren pleno significado.

La obra del profesor Alföldy, en última instancia, es una obra desde el despacho y el aula, sobre el terreno y, también, en el foro ciudadano.

Rector magnifice, professoris Geza Alföldy vitam et opera, ut potui, explanavi. Satis tamen videor dixisse, ut – ob magna eius merita – tua auctoritate ei praemia tribuantur. Rogo igitur, Rector magnifice, uti clarissimum professorem Geza Alföldy honoris causa doctorem creare et nostrorum Studiorum Universitati adnumerare digneris.





Discurs d'investidura

pronunciat pel Dr. Géza Alföldy



Rector Magnífico, apreciado profesor Amancio Isla, señoras y señores:

Me gustaría agradecer de corazón la extraordinaria distinción con que la Universidad Rovira i Virgili me honra al concederme el título del doctor honoris causa. Me alegra mucho, aunque debo confesar que estoy un poco preocupado, pues me pregunto cómo he podido merecer tal distinción y cómo puedo agradecerla de manera adecuada.

Considero esta distinción como una expresión de mi fuerte e íntima vinculación con la ciudad de Tarragona y con este país, expresada ya por mi elección como miembro honorario de la Sociedad Arqueológica de Tarragona y como miembro del Institut d'Estudis Catalans, por el título de doctor honoris causa por la Universidad Autónoma de Barcelona, por la Creu de Sant Jordi de la Generalitat de Catalunya y por la medalla de plata de la ciudad de Tarragona. Todas estas distinciones son para mí símbolos de mis lazos con Cataluña y, especialmente, con la ciudad de Tarragona, no sólo desde el punto de vista científico, sino también desde la vertiente más humana, porque pasé en Tarragona más de dos años, en los que pude disfrutar de la amistad de varios colegas.

La primera vez que vine a Tarragona fue en 1968. La riqueza de los monumentos arqueológicos y epigráficos de la ciudad me cautivó desde el primer momento. Gracias a la ayuda del entonces director del Museo Arqueológico Provincial, Manel Berges Soriano, y del entonces director del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, Helmut Schlunk, pude realizar un trabajo en el que compilé todas las inscripciones romanas de Tarraco, en aquel momento alrededor de mil textos. En el desarrollo de esta tarea me ayudaron mucho varios amigos, entre ellos Theodor Hauschild, del Instituto Arqueológico Alemán, y el padre Pere Batlle Hugues.

Los trabajos posteriores que dediqué a la historia y la epigrafía de la ciudad tampoco los habría podido realizar sin la ayuda de muchas personas. Entre ellas me gustaría mencionar a mi amigo Javier Dupré Raventós, entonces jefe del Taller Escuela Arqueológica, cuya muerte prematura me afectó profundamente; a Francesc Tarrats i Bou y Pilar Sada, directores del Museo

Nacional Arqueológico de Tarragona; a sus colaboradores Jaume Massó, actualmente director del Museo Arqueológico de Reus, y Josep Anton Remolà Vallverdú; al profesor Marc Mayer, catedrático de la Universidad de Barcelona; a la profesora Isabel Rodà, directora del Instituto Catalán de Arqueología Clásica, con sede en Tarragona; a Rafael Gabriel y a Jordi Rovira, presidente y secretario de la Sociedad Arqueológica, respectivamente; y a Jordi López Vilar, por citar aquí sólo una parte de mis amigos y ayudantes.

La colonia *Iulia Urbs Triumphalis Tarraco* ocupa un lugar muy destacado en la historia y en la herencia arqueológica y epigráfica del antiguo mundo romano. Sólo por este motivo ya sería bienvenido el que la Universidad Rovira i Virgili contara con una cátedra de Arqueología. Tarraco fue la primera fundación romana no sólo en Hispania, sino también en ultramar, es decir, fuera de Italia; su muralla es la más antigua y el mayor monumento arqueológico de la Península Ibérica; la inscripción de la Torre de Minerva es la más antigua; la inscripción del emperador Heliogábalo, con su perímetro de 145 metros, es el documento epigráfico más monumental de Hispania; la gran plaza de la representación es la plaza más grande de todo el Imperio romano; el número de inscripciones de la ciudad, actualmente con cerca de 1.500 textos epigráficos, supera el de las otras ciudades de la Hispania romana y del Occidente romano en general; y Tarraco es la ciudad más rica en documentos epigráficos de forasteros en la sociedad local.

En efecto, alrededor de 160 inscripciones —algo más del 10% del patrimonio epigráfico de Tarraco— atestiguan la presencia de no nativos. Permítanme, pues, en esta breve conferencia tratar diversas cuestiones relacionadas con el elemento forastero en la sociedad de la ciudad de Tarraco a través de los epígrafes. Como primer ejemplo de estas inscripciones, cito aquí la inscripción funeraria, hoy desaparecida, de un inmigrante de Mylasa en Caria, en Asia Menor, que se puede reconstruir por las copias parcialmente equivocadas de autores del siglo XVI; el nombre del personaje no nos ha llegado, pero su origen se atestigua con claridad: *hic iaceo Mylasensis in Caria / natus, vixi annos LV*. Las inscripciones que citan el nombre de un personaje e indican su origen eran documentos de autorrepresentación, que daban fe de su identidad, con su origen como testimonio de su procedencia de una familia ajena, y al mismo tiempo documentaban su integración en la sociedad tarraconense.

De origen extranjero eran los altos magistrados del gobierno imperial que residían en Tarraco, capital de la Hispania Citerior. Entre los guber-

nadores de la provincia, entre sus tenientes, los *iuridici*, y entre los procuradores de la administración financiera de la provincia conocemos a itálicos originarios de Roma; de Beneventum, en la Italia meridional, y de Pollentia, en la Italia septentrional; así como a varios africanos y orientales, por ejemplo de Thugga, en el Africa proconsularis, o de Celje, en Panfilia. Dado su rango superior, estos personajes no participaban de modo activo en la vida interna de la comunidad; sin embargo, representaban la heterogeneidad étnica del grupo más elevado en la sociedad de Tarraco. En cambio, sí que se estableció un estrecho vínculo entre la colonia y el gobernador u otros oficiales de alto rango, por ejemplo, cuando los tarraconenses eligieron al senador como *patronus coloniae*; éste fue el caso de Cn. Domitius Calvinus de Roma, *proconsul Hispaniae citerioris* en el año 36 a. C., o de M. Bombius Rusticus, un juez imperial africano de alto rango en el siglo III.

Un papel similar tenían los sacerdotes de mayor rango del culto imperial de la provincia, los *flamines provinciae Hispaniae citeriores*, que venían a Tarraco el año de su sacerdocio. Procedían de las principales ciudades de toda la provincia de Hispania Citerior, en un número considerable de la colonia de Caesaraugusta, pero también de pequeñas ciudades, como Bracara Augusta (Braga). Conocemos unos cincuenta *flamines* forasteros, a los que hay que sumar ocho *flaminicae* de la provincia y unos empleados extraordinarios del *concilium provinciae Hispaniae citerioris*, la asamblea de los delegados de la provincia.

La mayor parte de las inscripciones corresponden a dedicatorias estatuarias realizadas por el *concilium*. Sin embargo, se conocen también monumentos honoríficos de *flamines* realizados por encargo de personas privadas de la sociedad de Tarraco. Así, se ha atestado una dedicatoria estatuaria por iniciativa de los decuriones de Tarraco que subraya las relaciones particulares que el *flamen* en cuestión, originario de *Tritium Magallum* (Tricio, en la actual provincia de Burgos), mantuvo con la comunidad de Tarraco. Otro caso similar se conoce por la inscripción que se puede leer en el pedestal de C. Calpurnius Flaccus, originario de un municipio flavio, estatua que también fue dedicada por los decuriones tarraconenses. Este *flamen* fue, además, *praefectus murorum*, supervisor de la muralla de Tarraco, y *curator templi* del templo del Divus Augustus. La implicación de todos ellos con la comunidad tarraconense fue motivo suficiente para que fueran honrados con estatuas.

Más estrechas eran las relaciones entre la comunidad urbana y los soldados que venían a Tarraco para desempeñar un servicio administrativo subalterno del gobierno provincial. Así, se tienen noticias de varias personas originarias del noroeste hispánico, que era la principal área de reclutamiento de la *Legio VII Gemina*, guarnición de Hispania desde el reinado de Vespasiano hasta el final de la época romana. No obstante, también se atestigua cierto número de africanos, además de soldados originarios de las provincias vecinas de la Baetica y de Lusitania, de Italia, de la Galia Narbonensis, de Panonia y de Epirus de Nicomedia, en Asia Menor.

Los soldados se integraban en la sociedad local por medio de sus relaciones cotidianas con la población civil, de su convivencia con mujeres tarraconenses y de su alojamiento en casas de los civiles (así, una mujer se refiere a dos soldados como sus huéspedes). Una vez finalizado su servicio militar, muchos veteranos se quedaban en Tarraco y se incorporaban a la sociedad urbana. Así, se conocen veteranos originarios del noroeste hispánico, de Mevania (Mevagna), en Umbria; o de Vienna y Nemausus (Nîmes), en la Galia Narbonensis. Al parecer, no sólo los veteranos, sino también los soldados activos, podían adquirir bienes en el territorio de la colonia. Es el caso de Staberius Felicianus, un africano en la Pineda, que fue enterrado por sus *confratres*, es decir, por sus compañeros de servicio militar.

En cuanto a la población civil, se observa que los forasteros se integraron también en las capas superiores de la sociedad tarraconense. Así, sabemos que los antepasados del senador L. Fulvius Numisianus procedían de un municipio hispánico de fundación flavia. Entre las personas del rango ecuestre, se conocen M. Fabius Paulinus, de Ilerda (Lérida), y Q. Atilius Theagenes, cuya patria fue, como atestigua su *cognomen* griego, una provincia de la parte oriental del Imperio romano. Los *suburitani*, los habitantes de Sitges (en la provincia de Barcelona), honraban en Tarraco con una estatua a L. Cornelius Faventinus, seguramente un conciudadano suyo establecido en la colonia. Q. Anthracius Ingenuus, de Palma de Mallorca, fue *allectus in ordine Tarraconensi*, es decir, formó parte del consejo de la colonia y ascendió hasta el duunvirato, la alcaldía de la ciudad, al igual que L. Caecilius Porcianus, de la provincia Africa, y L. Caecilius Romanus, de Osicerda, un municipio del *conventus iuridicus* de Caesaraugusta. Un *patronus Arelatiensium*, honrado en Tarraco, era de Arelate (Arles) y vino a la *urbs*, según parece, como negociante.

Un caso particular es el de C. Valerius Avitus, de Augustobriga, que fue duunviro de Tarraco (*translatus a Divo Pio ex municipio Augustobriga*,

hoy Muro de Ágreda, en la provincia de Soria). Fue, evidentemente, un latifundista riquísimo en su patria que se incorporó entre los ciudadanos de Tarraco por un beneficio del emperador Antonino Pío, cabe suponer que con una recomendación del soberano a las autoridades de la colonia. Por su riqueza, pudo adquirir la lujosa villa de Els Munts, en Altafulla, donde se encontró su punzón con la inscripción *L. Valeri Aviti Augustobriga*, así como una inscripción pintada que menciona que sus esclavos construyeron un depósito de agua para su villa. Por tres inscripciones de Tarraco sabemos que su inmensa propiedad fue repartida por testamento en diversas *portiones* entre los miembros de su familia y sus amigos.

Un testimonio de fundaciones monumentales realizadas por iniciativa de forasteros ricos es el arco de Berà, sobre la Via Augusta. Fue dedicado durante el reinado de Augusto por testamento de L. Licinis Sura, al parecer bisabuelo del cónsul homónimo en época del emperador Trajano. La familia llegó a Tarraco procedente de Celsa, en las proximidades de Caesaraugusta. En Celsa tenemos noticias de diversos magistrados con el nombre L. Sura.

En las capas superiores de la población de la colonia también figuraban algunos libertos ricos. L. Licinius Secundus, un liberto riquísimo cuya residencia se localizó en Barcino, fue elegido miembro de la corporación de los *seviri Augustales* en Tarraco, que reunió a los libertos ricos para tareas del culto imperial. Sex. Pompeius Sedatus, otro *sevir Augustalis*, era *ex provincia Aquitanica* de la ciudad de Aquae Tarbelicae (Tarbes); el motivo de su traslado a Tarraco fue, muy probablemente, el comercio.

Como negociante vino también a Tarraco Pompeius Facundus, de Ausa (Vic); su inscripción dice que llegó a esta ciudad *negotiandi causa*. Entre los forasteros de la *plebs* de Tarraco se encuentran un *iuris studiosus* de Mauretania; un liberto que fue *educator natione Graecus*; un esclavo de Vienna que fue *inaurator*, y su colega, el *aurifex* Iulius Statutus, de Carnuntum, en Panonia superior. Otros plebeyos cuya profesión se desconoce vinieron de Uxama (Osma, en la provincia de Soria), de Cascantum (Cascante, en la actual provincia de Navarra, no lejos de Caesaraugusta), del *conventus Bracarum* y de Callaecia, así como de Africa, de Leptis Magna, de Mauretania Caesariensis, de Dalmatia, de Sardes, en Asia Menor, y de Egipto.

A todo lo anterior hay que sumar una serie de inscripciones en griego o bilingües, con una parte latina y otra griega. Se trata de documentos para forasteros que vinieron del Oriente griego a Tarraco. Todavía en época cristiana se conocen inmigrantes forasteros, como un ciudadano de Tarsos, en

Cilicia; la *beata Thecla virgo Christi cui patria Aegyptus est*; un judío de la isla egea de Kyzikos o el presbítero Stephanus Alexandrinus.

Este repaso general de las fuentes epigráficas muestra que los forasteros desempeñaban un papel importante en la vida de la colonia. Permite documentar que Tarraco era un lugar atractivo para gentes venidas de todas partes de Hispania, de Italia, del Occidente, y también del Oriente romano, entre otras razones por las bondades de su clima. Sin embargo, el motivo de la venida a Tarraco de forasteros de distintas procedencias fue frecuentemente económico, pues la colonia ofrecía un buen mercado para los negociantes, así como para los artesanos especializados. A otros les permitía desarrollar labores de carácter más intelectual, pero no cabe duda de que, para muchas personas, particularmente las procedentes del interior de la Hispania Citerior, el motivo que las llevó a emigrar a Tarraco fueron las posibilidades de ascenso social que ofrecía la capital de la provincia, por el prestigio de sus cargos urbanos, por sus contactos sociales con personajes de la clase más alta de la sociedad romana y por su carácter de capital intelectual de la provincia.

Asimismo, cabe apuntar que la sociedad tarraconense se mostraba muy abierta a los inmigrantes; de hecho, incluso podían acceder a los principales cargos de la administración de la colonia. Con todo, es evidente que la condición más importante para su integración en la vida urbana era que poseyeran cierto nivel económico, es decir, propiedades considerables. Evidentemente, los inmigrantes ricos siempre eran bienvenidos en Tarraco, sobre todo aquellos que, como C. Valerius Avitus de Augustobriga, gracias a su riqueza, pudieron asumir los cargos de la administración de la comunidad.

En cualquier caso, Tarraco muestra una imagen de sociedad abierta, en contraste, por ejemplo, con Sagunto, ciudad muy aristocrática, que cerraba sus puertas a los forasteros: así, por ejemplo, las tareas de la administración municipal eran un privilegio de la aristocracia local de nacimiento. Tarraco, en este sentido, se vislumbra como una copia a pequeña escala de Roma, que abría sus puertas a los inmigrantes de todo el Imperio romano. Una situación parecida se observa en el caso de Barcino, donde se tiene noticia de varios personajes ricos *adlectos inter Barcinonenses*, si bien algo más modestos que los de Tarraco. Las diferencias entre estas ciudades se explican por el distinto origen de Tarraco y Barcino, por un lado, y de Sagunto, por otro: Tarraco y Barcino nacieron como colonias romanas cuya población se constituyó desde el origen por inmigrantes, mientras que Sagunto fue un

municipio con una maravillosa historia de población de origen local y muy conservadora.

En suma, la sociedad de Tarraco abría sus puertas a los forasteros, lo que comportaba ventajas mutuas: los inmigrantes encontraban en la *urbs* una nueva patria, mientras que la ciudad disfrutaba de las capacidades económicas e intelectuales de los recién llegados.

Para finalizar esta breve conferencia, me gustaría citar las palabras del historiador Florus de Africa, que pasó parte de su vida en Tarraco: *populum vides, a hospes et amice, probum, frugi, quietum... et iudicio hospitem*. La hospitalidad de Tarragona se ha conservado hasta hoy, y estoy muy agradecido por haber podido disfrutar de ella.





Paraules de benvinguda

pronunciades pel Dr. Francesc Xavier Grau Vidal

Rector Magfc. de la Universitat



Benvolgut Dr. Géza Alföldy, president del Consell Social de la Universitat Rovira i Virgili, secretari general de la Universitat Rovira i Virgili, senyores i senyors claustrals, distingides autoritats, senyores i senyors,

És motiu de màxima satisfacció per a la Universitat celebrar aquest acte solemne d'investidura del Dr. Géza Alföldy com a doctor honoris causa per la Universitat Rovira i Virgili.

A mi em correspon l'honor i el privilegi de donar la benvinguda al nostre Claustre al doctor Alföldy, i ho faig amb molt de gust, tant a títol personal com en nom de tots els membres de la Universitat, i en especial del Departament d'Història i Història de l'Art, del qual va néixer la proposta de conferir-li la màxima distinció acadèmica que atorga la Universitat, amb un reconeixement, també, a l'Institut Arqueològic Alemany, que ha donat tant de suport a la relació del Dr. Alföldy amb Tàrraco.

El padrí, el professor Amancio Isla, en la *laudatio*, ha posat de manifest tots els mèrits acadèmics i científics que el fan mereixedor de tan alta distinció i que hem pogut apreciar en la *magistralis lectio* amb la qual el Dr. Alföldy ens ha obsequiat.

La distinció de doctor honoris causa cal entendre-la, però, tant des del vessant del distingit com de la comunitat universitària a la qual s'acaba d'integrar. Per a la URV, és tot un privilegi comptar entre el claustrals amb un dels màxims referents en la ciència de l'epigrafia romana com el Dr. Géza Alföldy. Un treball de recerca que, com ens ha explicat el Dr. Isla, ha aprofundit de forma extraordinària en la nostra història a partir de l'anàlisi de nombrosos textos epigràfics de la Hispània Citerior i d'altres províncies romanes. Ha estat un treball ingent que no només ha significat la lectura de noves inscripcions sinó la reinterpretació de textos que es consideraven inqüestionables. Ha permès, doncs, avançar de manera molt remarcable en el coneixement de l'estructura social, política, econòmica, militar i administrativa de l'època romana, de la qual som hereus en tants i tants aspectes.

El Dr. Alföldy ha estat nomenat doctor honoris causa per set universitats, vuit incloent-hi la nostra, i ha estat reconegut per nombroses institucions

acadèmiques d'arreu del món i també pel món polític i social, els quals li han retut homenatge, prova que la seva feina, a més de ser molt valuosa des del punt de vista científic, també ha esdevingut referent del coneixement i de la interpretació de la nostra història. Per això el Govern del nostre país l'any 2001 li concedí la Creu de Sant Jordi, "en reconeixement a la seva molt destacada trajectòria en aquests àmbits, en els quals ha adquirit un gran prestigi internacional, i, singularment, pels seus estudis referits al pasat de l'antiga Tàrraco i de la Hispània romana".

I és possiblement avui i aquí, a la Universitat Rovira i Virgili, a Tarragona, on conflueixen aquests dos reconeixements, d'una banda, el pròpiament científic i acadèmic, que justifica la investidura de doctor honoris causa, i de l'altra, el de la contribució al coneixement de les nostres arrels. El Dr. Alfödy és un tarragoní més, estimat i reconegut pel seus conciutadans, els quals li lliuraren a través de l'alcalde la Medalla d'Argent de la ciutat.

El mateix Dr. Alfödy ho destacava ja l'any 1988, amb motiu de l'atorgament de la distinció de doctor honoris causa per la Universitat Autònoma de Barcelona, quan deia "diverses zones de la península Ibèrica, com el País Valencià, les vaig recórrer intensament. Tanmateix, el punt de partida i en cert sentit el centre de les meves recerques epigràfiques i històriques en aquest país ha estat sempre Tarragona –la riquesa de la qual en monuments epigràfics em va impressionar ja amb motiu de la primera visita a aquella ciutat durant els primers dies d'octubre del 1968". O quan hi afegia: "No hi ha gaires ciutats en el món romà la importància de les quals es pugui descriure d'una manera semblant.

Aquest acte és, doncs, reflex d'aquest doble reconeixement a la persona del Dr. Alfödy i també del nostre compromís envers la nostra societat i la nostra història, que la Universitat Rovira i Virgili ha tingut sempre present, des de la creació, ara fa disset anys, i durant la qual l'arqueologia clàssica, en un sentit ampli que incorpora la història antiga i la llengua i literatura clàssiques, és uns dels eixos prioritaris. És obvi que l'existència d'un entorn arqueològic romà tant a la nostra ciutat com a les nostres comarques afavoreix, i molt, la inquietud col·lectiva per a la investigació arqueològica, però de ben segur que podem entendre que aquest interès respon també al concepte de responsabilitat de la Universitat amb la societat que l'ha creada.

És sota aquest mateix prisma que l'any 2000 la Generalitat de Catalunya i la Universitat Rovira i Virgili, amb la participació de la resta del sistema

universitari de Catalunya, vam crear l'Institut Català d'Arqueologia Clàssica, el qual té com a finalitat la recerca, la formació avançada i la difusió de la civilització i cultura clàssiques, tant des d'una perspectiva geogràfica com cronològica.

L'ICAC, com a centre de referència internacional, ha de contribuir de manera decisiva a la recerca i preservació del patrimoni històric de Tarragona reconegut per la Unesco en declarar-lo l'any 2000 Patrimoni de la Humanitat.

Per tot això celebrem especialment la investidura com a doctor honoris causa del Dr. Géza Alföldy, un acte que esdevé símbol de la nostra història, però també del nostre present i del nostre futur, que descansa en gran manera en el profund coneixement i en la preservació del nostre llegat històric.

Dr. Géza Alföldy, gràcies per acceptar la nostra distinció, que més que honorar la vostra persona ens honora a nosaltres mateixos; la vostra incorporació al Claustre prestigia la Universitat Rovira i Virgili i ens obliga a treballar per ser dignes d'aquest prestigi.

Avui, amb el màxim reconeixement dels vostres mèrits, adquireu el compromís de representar la Universitat Rovira i Virgili, que de ben segur realitzareu amb afecte. Rebeu l'enhorabona més cordial, en nom propi i en el de tota la comunitat universitària, que des d'avui també és la vostra. Moltes gràcies.













UNIVERSITAT



ROVIRA I VIRGILI